

Secretaría de Prensa

DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,
D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR, EN CENA OFRECIDA POR
SIR ALEXANDER GRAHAM

LONDRES, 11 de Abril de 1991.

Es un gran honor para mí y para mi mujer ser recibidos en este lugar que representa, y lo representado a lo largo de sus ocho siglos de historia, el dinamismo y la capacidad creativa para intercambiar entre los hombres y las naciones el fruto de su inteligencia.

Agradezco muy sinceramente a Lord Mayor Alexander Graham su reconocimiento hacia mi país.

La City de Londres es para todos un lugar legendario. Lo es especialmente para mí, que en mi niñez oí más de una vez a un viejo tío que contaba, en medio de la incredulidad familiar, que el Primer Mayor de la City había sido un Aylwin. La verdad es que mi origen es una demostración más de los profundos lazos que han ligado a ingleses y chilenos.

Nos unen los grandes valores universales que Gran Bretaña ha encarnado en su historia: el mayor de ellos, la libertad; el más bello, su literatura.

Las relaciones de Chile con Gran Bretaña y particularmente con la City se desarrollaron desde los tiempos mismos de nuestra independencia, a comienzos del siglo XIX. Las empresas comerciales británicas, instaladas ya desde 1820 en Valparaíso, llevaron hasta nuestras costas la pujanza de una revolución industrial que comenzaba a cambiar la faz del mundo. Al comienzo encontró buenos alumnos; luego, buenos socios. Chile se transformó rápidamente en una de las economías más prósperas de Sud América.

Cuentan nuestras crónicas que uno de los muchos viajeros ingleses que recorrían las costas del mundo a mediados del siglo pasado, exclamó al llegar a Chile: "at last, a nation".

Quizás sea esa, una de las principales características de nuestra historia: el imperio de la ley, el respeto a los derechos individuales y a las libertades fundamentales, la democracia como régimen político y como forma de vida que busca incorporar a todos los sectores sociales, a los beneficios del desarrollo.

Esta tradición, que nos llenó de orgullo por un siglo y medio, tuvo una dolorosa interrupción. La democracia era para los chilenos tan natural como su mar y su cordillera. Pero no fuimos capaces de cuidarla con el esmero que requería. Sin embargo, hemos aprendido de los errores del pasado y la democracia ha vuelto para quedarse.

El gobierno que presido está comprometido profundamente con su consolidación, con el respeto a los derechos humanos y con una política de estabilidad y crecimiento económico que nos permita resolver en forma eficaz la pobreza y la injusticia, sentando las bases de una sociedad justa y próspera. En esta tarea -más allá de nuestras legítimas discrepancias- estamos comprometidos todos los chilenos. Las acciones criminales de grupos aislados, que intentan perturbar nuestra democracia, no lograrán apartarnos de este camino.

Uno de los más grandes desafíos que tenemos por delante es profundizar los logros de nuestra economía para alcanzar un desarrollo para todos los chilenos. El pueblo de Chile ha hecho un esfuerzo sin paralelo para lograr una economía sana, reducir la inflación y establecer reglas claras en nuestras relaciones económicas. Tenemos una economía abierta al mundo. Nuestro comercio internacional representa más del 30% del ingreso nacional.

En este crecimiento, nuestras relaciones comerciales y financieras con Gran Bretaña han sido de gran importancia. Capitales vuestros están activos en nuestros recursos naturales, en nuestra manufactura y en nuestros servicios. Nuestros productos, la fruta, la madera, el vino, forman parte del consumo habitual de los británicos, así como el cobre para su industria. Diré también, según las cifras me lo indican, que a Uds. les gusta mucho nuestro vino, así como a nosotros nos gusta mucho vuestro whisky. Eso habla bien del buen gusto de ambos.

En este exitoso intercambio entre ambas naciones, tanto la Cámara de Comercio Británica-Chilena en Londres, como la Cámara de Comercio Chileno-Británica en Santiago, están realizando una importantísima labor que cuenta con toda nuestra simpatía.

Somos un pueblo que conoce la adversidad y sabe hacerle frente. Hemos optado por un camino de confianza en nosotros mismos. Sabemos que el progreso depende de nuestro esfuerzo y no de la benevolencia de otros. Hemos aprendido a competir exitosamente en los mercados del mundo. Cuando el precio del

cobre nos afectó, no nos sentamos a llorar a la berma del camino ni dejamos de cumplir nuestros compromisos: plantamos kiwis, uvas, nectarines. Sembramos salmones en nuestro mar. No queremos dádivas que sólo perpetúan la inferioridad. Pero sí reclamamos condiciones equitativas en el comercio internacional.

Chile no le pide a Gran Bretaña, ni al norte desarrollado, que alimente a nuestros pobres. Pide igualdad de condiciones, que la libertad de comercio no sea un privilegio sino un derecho de todas las naciones.

Estamos dispuestos a competir con la calidad de nuestros productos, pero no podemos competir con aquellos que obtienen la victoria por decreto antes de iniciar la carrera.

Miramos la Europa del 92 con entusiasmo. Vemos en ella la concreción de una sentida aspiración de la humanidad de consolidar la paz a través de los elementos que unen al hombre en un esfuerzo común. Pero también la vemos con aprehensión si ella ha de transformarse en una fortaleza cerrada frente al resto del mundo, si ella desencadena la confrontación entre pocos y poderosos bloques comerciales y si la competencia libre y equitativa se transforma en un proteccionismo excluyente que siempre puede disfrazarse de mil maneras.

Señoras y señores:

Sir Winston Churchill, el gran estadista que encarnó el espíritu británico ante la tiranía, dijo una vez en la Cámara de los Comunes: "la razón para tener relaciones diplomáticas no es para conferir un honor sino para asegurar una conveniencia". Creo profundamente que entre Gran Bretaña y Chile podemos lograr el más fluido intercambio de conveniencias mutuas. La historia que nos une, los valores de la libertad y la democracia que nuestros pueblos comparten, la creatividad de nuestros hombres de trabajo, la equidad de nuestras relaciones comerciales, todo ello habrá de redundar en el objetivo último de la noble acción política, que no es otro que el bienestar material y espiritual de todos los hombres y mujeres de nuestras naciones.

Que Dios bendiga a la Reina. Que Dios bendiga al pueblo británico.

* * * * *

LONDRES, 11 de Abril de 1991.

M.L.S.